

PRIMER DÍA

¡¡RRRR!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!ING!!

¡¡¡RRRR!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!ING!!!!

Es la segunda vez esta mañana que oigo sonar el despertador de mi madre al otro lado de la pared.

—¡Argh! —gruño mientras me doy la vuelta. Estoy empapado de sudor. Este verano me estoy levantando así todos los días. No podemos seguir pagando el aire acondicionado, pero ya ha empezado julio y esto no se arregla con un ventilador.

¡RRRR!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!ING!

Doy unos golpes en la pared.

—¡Mamá! ¡Apaga la alarma!

Cuando por fin consigo levantarme de la cama, me arrastro hasta el baño y me lavo los dientes, por-

que esta mañana tengo muy mal aliento. Digamos que anoche «olvidé» lavármelos porque, para qué engañarnos, el dentífrico sabe muy mal. Mi madre siempre me da la lata con el tema, pero ayer estaba tan ocupada preparándose el caso de hoy que ni se tomó la molestia.

Mi madre tiene una agencia de detectives a medias con su socio. Pero no les va muy bien. De hecho... les va aún peor que a mi aliento. Hace seis meses a mi madre le salió mal un caso y la agencia tuvo que pagar mucho dinero de indemnización. Y su reputación quedó muy maltrecha; desde entonces no habían vuelto a trabajar. Pero al final mi madre recibió un nuevo encargo, ¡y de los grandes! ¡Una requetemultimillonaria llamada Guinevere LeCavallier está recibiendo amenazas de muerte de algún desconocido y ha contratado a mi madre para descubrir al culpable! Esta mañana tienen la primera entrevista.

¡RRRRRIIIIIIIIIING!

¿Otra vez la alarma de mi madre? ¡Qué raro! Normalmente después del primer recordatorio salta de la cama como un muñeco de resorte.

Cruzo el pasillo arrastrando los pies y la llamo.
—¿Mamá? ¿Estás despierta?

Entreabro la puerta y asomo la cabeza.

—¡ACHÍS! —estornuda.

Entro y me siento sobre la cama.

—¿Mamá?... ¿Te encuentras bien?

—Esdo y ebfeba.

—¿Enferma! ¡Hoy no puedes estar enferma! Este caso es muy importante... ¡para los dos!

—Galos —me dice mi madre—, llaba a bi socio y dile quesdo y ebfeba.

—¿Qué?

—¡Llaba bor deléfono a Gole! ¡Gue se ogube él del gaso! —Cole es el socio de mi madre, y ahora mismo está metido hasta el cuello en otro caso, que también es su primer caso en meses. No puedo ni pensar en lo que pasaría si la agencia se va a pique. Y Cole no puede llevar dos casos a la vez. Bastante difícil es para los dos tener que investigar sin poder contratar ayudantes.

—Pero mamá... Cole no puede llevar el caso de Guinevere LeCavalier. ¿No tiene que resolver otro caso?

—¡Bues dendrá gue boder gong los dos! —dice mi madre, con la nariz como un grifo abierto.

—¡Mamááááá! —Sacudo la cama—. ¡Levántate, por favor! ¡Tienes que coger el caso! ¡No puedes permitirte no cogerlo! —De pronto mi pijama sudado me da más asco que nunca. Pero intento no pen-

sar en lo pegajoso que está mientras me acerco a mi madre—. ¡Vaa! —grito resoplando y tirándola de las muñecas hasta incorporarla. Pero vuelve a caer hacia atrás como un fardo.

—¡Yebaa! ¿Gué has hecho bara gue dodo dé vue-tas? —dice. Vuelve a toser y gime—: ¡Blobete gue lla-barás a Gole ahora bisbo, ¡Galos! ¡Bol favol! ¡Yo tanboco guiero beldel este gaso!

—Yo...


—¡Galos! —exclama mi madre estirando un pa-ñuelo de papel—. ¡Bol favol!

—Bueno, vale. Voy a llamarlo.

Salgo despacio de la habitación, marcha atrás y tropezándome y, para mi sorpresa, me encuentro a Eliza, mi mejor amiga, sentada en la mesa de la co-cina.

Tampoco sé por qué me sorprende, porque Eliza siempre entra en casa sin llamar. Es mi mejor amiga desde el parvulario. Vive también en el barrio, a dos calles de mi casa.

Últimamente me da un poco de apuro que venga a mi casa, un edificio viejo de una planta, con las paredes revestidas de madera desconchada y el sue-lo, de moqueta raída. Desde que la agencia de mi madre empezó a caer no hemos podido arreglar las cosas que se van estropeando: el grifo que gotea, el



lavabo que se atasca, el lavavajillas que no va bien, la aspiradora que se ha roto. Y no quiero que Eliza se dé cuenta de lo mucho que hemos dejado de tener, como el aire acondicionado o los alimentos más caros. Hasta tuvimos que vender unas cuantas lámparas, libros y muebles para poder seguir adelante.

No quiero que Eliza venga porque no quiero que se entere. Pero no le he contado nada, y siempre hemos pasado los veranos juntos. En casa y en los campamentos de día, otra cosa que ya no podemos permitirnos.

El campamento empieza dentro de quince días y Eliza aún no sabe que no iré. Cada vez que habla de lo que nos vamos a divertir, siento que me encojo un poco. No me emociona nada quedarme en casa solo mientras ella practica todos los deportes y juegos que antes practicábamos juntos. Pero intento no pensar en eso. Hasta entonces quiero pasar el máximo de tiempo que pueda con ella.

—¡Eliza! ¿Cuándo has entrado?

—Hace un segundo. Me he autoinvitado.

—Ah —digo mientras me dejo caer en un sillón a su lado. Sé que debería llamar ahora mismo al socio de mi madre, pero es que no quiero hacerlo.

Eliza me mira entornando los ojos.

—¿Qué te pasa, Carlos?

Suspiro.

—Mi madre quiere que llame a la agencia y le diga a Cole que vaya.

—¿Que vaya adónde?

—Hoy tenía que investigar el caso de Guinevere LeCavalier...

—¿Aquella señora mayor del barrio rico?

Asiento en silencio.

—Sí. Ha recibido amenazas de muerte. Mi madre se ha puesto enferma y no puede trabajar. Y Cole ya está muy ocupado. Lo que pasa es que, si no cogen el caso...

—Aparto la mirada de Eliza, pero noto cómo ella sigue mirándome. Ahora mismo me metería en un agujero. O en una zanja. O en una fosa. (No soy muy exigente).

Preferiría meterme en una alcantarilla llena de excrementos antes que hablar de nuestros problemas económicos.

Eliza me toca el brazo.

—Carlos, ¿por qué no me lo cuentas? Me estás ocultando algo.

—No es nada —respondo mirándome los pies.

Eliza frunce el ceño y yo marco el número de Cole.

¡Qué rabia me da! Este caso podría haber supuesto la recuperación de la agencia de detectives Las Pistas... Hubiera sido una salvación para mi madre. Para los dos.



Dejo de marcar el número.

—Deberíamos ir nosotros.

—¿Cómo? —dice Eliza.

—¡Sííí! —grita una voz que sale amortiguada de debajo del sofá.

—¡Oh, no! —me lamento—. ¡Frank no!

Frank es el hermano pequeño de Eliza, y siempre se nos pega a Eliza y a mí. Tiene seis años y Eliza dice que se llama Frank por el monstruo de Frankenstein. Pero ella es la única que se puede meter con él. A mí no me deja ni llamarlo pesado.

Me acerco al sofá. Frank ha escondido la cabeza debajo, pero no el resto del cuerpo. Tiene el trasero fuera, meneándolo como la cola de un perro.

—¡Frank! ¡Ni siquiera te has escondido! Te estoy viendo.

Frank sale arrastrándose de su escondite.

—¡He encontrado un céntimo! —exclama—. ¡Y un botón! ¡Y una pelusa! ¿Me la puedo comer? —pregunta a Eliza.

—No, no puedes comer pelusa del suelo —contesta mientras se da la vuelta aguantándose las arcadas.

Y en el mismo momento en que su hermana le da la espalda, Frank se mete la pelusa en la boca y me manda una sonrisa.

—¿Qué decías, Carlos? —pregunta Eliza—. ¿Quieres coger tú el caso de Guinevere LeCavalier?

—¡Galos! —grita mi madre desde la cama—. ¿Gué basa? ¿Has... Ah... ¡achísssss!

—¡Nada, mamá! —grito—. ¡Han venido Eliza y Frank!

Me vuelvo hacia Eliza y le hablo bajo para que no me oiga mi madre.

—Hay que hacerlo. Mi madre nos necesita. ¿Verdad que podremos?

Eliza sonrío.

—Tres niños tienen un tamaño y una masa equivalentes a un adulto.

No sé de qué habla, pero Eliza es inteligente. De hecho, es la persona más inteligente que conozco.

—Entonces, ¿te apuntas? —le digo mientras me seco el sudor que me cae del pelo.

Guinevere LeCavalier pagaría mucho dinero si resolvemos el caso. Y está claro que el dinero lo necesitamos.

Y juntos podíamos resolverlo, y salvar la agencia de mi madre. Eliza es una *crack*, podría resolver cualquier cosa que haya que resolver. Y Frank es muy bueno para encontrar cosas, a lo mejor nos encontraba pistas. El único eslabón débil de la cadena soy yo, que no sé qué podría aportar al equipo.

—Claro que me apunto —contesta Eliza—. Lo sabes perfectamente.

—¡Yo también! —grita Frank.

Tengo la mejor amiga —y el mejor hermano pequeño de la mejor amiga— del mundo.

La casa de Guinevere LeCavalier está en la parte más bonita de la ciudad, en un barrio llamado Bosques del Río, pero que no tiene ni bosques ni río. Es una especie de campo abierto con un puñado de casas del tamaño de la Casa Blanca. Yo solo vengo a los Bosques del Río por Halloween, porque los ricos son los que dan los mejores caramelos.

Vamos de una casa a otra buscando el número 1418, la dirección de la señora LeCavalier, según los archivos de mi madre. Pero no la encontramos. Eliza y Frank buscan por la otra acera mientras yo busco por esta. Paso por delante de una gran mansión azul, luego una blanca y luego una marrón, pero no son ninguna de ellas. No hago caso a Frank cuando grita: «¡ES ESTA! ¡NO, ESTA! ¡NO, ESTA!». Grita por gritar.

—¿Carlos? —dice Eliza de pronto—. Mira.

Eliza me señala alzando el mentón una casa de color amarillento con grandes columnas blancas en

la entrada, y una extraña zona de césped con setos en forma de perros yorkshire.

—Ah... ¿es esta?

—No —responde Eliza—, pero mira la ventana que hay junto a la entrada.

Aguzo la mirada hacia la ventana, pero me deslumbra el sol y no veo muy bien. Hasta que lo veo. O más bien la veo. En la ventana hay una mujer que nos está espiando con unos prismáticos.

Me estremezco.

—¿Nos mira a nosotros?

Eliza se encoge de hombros.

—¿Y quién es?

—P. Schnosequécaca —dice Frank, mirando el buzón.

—P. Schnozzleton —le corrige Eliza.

—Es que me he aburrido a medio leer —confiesa Frank— y me he inventado el resto.

Intento no poner cara de paciencia.

Eliza exclama:

—¡Ha desaparecido!

Ahora la ventana tiene la persiana bajada. Me pregunto si igualmente la mujer sigue espiándonos desde detrás.

—Pero ¿quién es P. Schnozzleton? —le pregunto a Eliza—. ¿Es ella?



Eliza contesta nerviosa:

—No lo sé. Ha sido muy raro.

En la otra acera encontramos por fin el número 1418, la casa de Guinevere LeCavalier. El camino de entrada es largo y sinuoso como un gusano de gominola, y al final se alza una casa de piedra gris **GIGANTESCA**. Tiene cuatro chimeneas y un millón de ventanas y es tan bonita que cuesta mirarla sin sentir un nudo en la garganta. Ojalá mi madre y yo pudiéramos vivir en una casa que fuera la cuarta parte de bonita que esta. Yo ya me contentaría con una casa de dos pisos. O una casa con chimenea. O una casa que no oliera raro. O una casa en la que se pudiera pagar el aire acondicionado.

Mi madre dice que el dinero no crece en los árboles, pero a lo mejor se equivoca. Porque parece que Guinevere LeCavalier encontró un enorme roble del dinero.

—¿Carlos? —dice Eliza—. ¿Entramos o no?

No puedo dejar que Eliza sepa lo que siento. Ni me puedo permitir pensar sobre dinero en estos momentos, tampoco me resolverá el misterio. Tengo que concentrarme en las pistas. Y así mi madre tendrá el golpe de suerte que necesita para relanzar su agencia.

Como dice mi entrenador de béisbol, ¡tengo que poner la mente en el juego!

—¡Vamos! —le digo a Eliza y corro hacia la puerta, atajando por el césped para llegar antes.

—¡Eh! —llama una voz, y vemos a un hombre que sale corriendo de un cobertizo que hay a un lado de la casa—. ¿Se puede saber qué hacéis? —grita desde en medio del patio.

Es alto y delgado, de pelo rubio y desordenado, ojos azules brillantes y tiene un hoyuelo en la barbilla.

—¡No, no, no! —grita mientras se acerca a nosotros caminando de puntillas sobre el mantillo del césped—. ¡Acabo de pasar el cortacésped a la perfección! ¡No lo piséis todo! ¡Aplastaréis la hierba!

—¡Glups! —exclama Eliza—. ¡Perdón!

—Tranquilos —dice con un suspiro—. No pretendía gritaros. Tampoco lo sabíais.

—¿Quién es us...? —empiezo a preguntar, pero Frank me interrumpe.

—¡Oigaaaaaa, perdoneeeeeee! —grita señalándolo—. ¡Tiene la barbilla con forma de culo! —Y se monda.

El hombre esboza una sonrisa.

—Me llamo Otto Paternoster. Soy el paisajista de la señora LeCavalier.

—¿Eres su masajista? —pregunta Frank.

—No, soy el que la ayuda a mantener sus preciosos jardines y el césped. Planto semillas, arranco las malas hierbas...

Otto sigue hablando, pero yo congelo la mirada y desconecto de lo que dice. Lo hago con muchos adultos, sobre todo con mis profesores.

—Bueno, no quiero aburrirlos, chicos. —Oigo decir a Otto.

—¿Qué? ¡No! —dice Eliza—. ¡Es muy interesante! —Pero sé que está mintiendo porque se ha sonrojado. Eliza miente muy mal.

—¿Qué hacéis por aquí, chicos? —nos pregunta—. ¿Sois parientes de la señora LeCavalier?

—No —contesta Eliza.

—¡Somos defectivos! —dice Frank sacando pecho.

—¡Detectives! —corrige Eliza.

—¿Detectives? ¿Qué...? ¿Por qué?

—Hemos venido a averiguar quién está amenazando de muerte a la señora LeCavalier. ¿Sabe usted algo de esto? —pregunta Eliza.

Otto abre los ojos como platos, dos enormes platos azules.

—¡No! ¡No tenía la menor idea! ¿Qué ha pasado? ¿Qué clase de amenazas? ¿Está en peligro?

No puedo comentar los detalles de mi caso con un perfecto desconocido. Es... es la regla número uno del trabajo de un detective.

—No se preocupe, señor Otto —le digo—. Lo tenemos todo controlado.

Y cojo a Eliza y a Frank del brazo y los arrastro hasta la puerta principal de hierro de la casa de Guinevere LeCavalier.

—¿Está mal estar emocionada? —me pregunta en voz baja Eliza mientras llamo al timbre.

Un hombre enorme abre la puerta. Lleva un curioso traje que le queda algo pequeño en un cuerpo tan grande, sobre todo en los brazos y los hombros. Tiene el pelo canoso, una calva en la coronilla y ojos caídos de perro sabueso.

—¿Sí? —dice frunciéndonos el ceño como si alguien le hubiera puesto un plato de caca bajo la nariz.

—Hola, señor —empiezo—, somos detectives de...

—¡HOLA!!!!!!!!!!!!!! —saluda una voz cantarina y estridente. Detrás del gigante vemos una anciana que baja flotando las escaleras. Tiene el pelo blanco plateado y el rostro delgado y apergaminado. Lleva perlas, diamantes, rubíes, zafiros y más diamantes y piedras preciosas lilas y piedras preciosas verdes... Parece un árbol de Navidad con patas—. Aparta, Smythe —dice la anciana, y el hombre la fulmina con la mirada.

—Hola —le digo—. ¿Es usted Guinevere LeCavalier?

—¡Mira, mira, qué ciruelitas más preciosas! —dice—. ¡Os comería ahora mismo! —Parece que en cualquier momento nos va a pellizcar las mejillas. ¿Por

qué a los adultos les gusta tanto pellizcar y apretujar y dar besos con babas a los niños? ¡Puaj!

Sonrío.

—Somos los detectives de la agencia Las Pistas.

—Sois mucho más pequeños de lo que imaginaba.

Antes de que se me ocurra una respuesta, Frank va y dice:

—¡OIGA! ¡Es usted muy mala!

—Es que... es... estamos muy sensibles porque parecemos mucho más jóvenes de lo que somos —improvisa Eliza. Y no me la creo ni yo.

—Pero le prometo que resolveremos el caso —le digo con tono firme—. Confíe en nosotros.

Guinevere levanta una ceja.

—Veamos si podéis demostrar que sois lo suficientemente adultos para llevar este caso. Humm... ¿qué hacen los adultos?

—Trabajar en algo que odian —gruñe el hombre que tiene al lado.

—¿Pagar impuestos? —dice Eliza.

—¿Preocuparse mucho? —sugiero yo.

—¿Ser aburridos? —contesta Frank.

—¿Hacerse colonoscopias? —dice Eliza.

—¡Llevar calcetines a juego! —grita Frank.

—Bueno, ¡a mí eso me suena lo suficientemente

adulto! —dice Guinevere—. Pasad. ¡Smythe! —grita, aunque lo tiene a su lado—. ¡Prepara el té!

La casa de Guinevere LeCavalier por dentro es aún más exagerada que por fuera. Las paredes están incrustadas de joyas. Las ventanas son vidrieras policromadas. Los techos están a cinco metros de altura. Hasta hay un salón de baile. Y un montón de escalinatas.

—¿Qué hay allí arriba? —digo mientras pasamos la tercera escalera.

Guinevere LeCavalier hace un gesto con la mano.

—Oh, nada. Mi dormitorio *suite*, el estudio de mi difunto marido, los aposentos de Smythe, tres baños y el dormitorio de Ivy.

—¿Quién es Ivy? —pregunta Eliza.

Guinevere LeCavalier espera antes de contestar y Frank lo aprovecha para darle una palmada en el trasero.

—¡FOFO! —dice sonriendo. Le encantan las cosas fofas.

—Ivy es mi hija —responde Guinevere.

—¡Ah! —exclamo—. ¿Vive aquí?

—Se ha mudado. Ahora vive con su marido, en Wichita —dice con tono seco—. Pero mañana vendrá. A visitarme.

—¿La ve a menudo? —pregunta Eliza.

—No —contesta Guinevere. Se cruza de brazos con expresión de enfado.

Atravesamos una biblioteca en la que se ha caído una estantería y hay libros por todo el suelo. En la pared hay algo escrito en rojo, pero está demasiado lejos para leerlo.

Guinevere pasa de largo como si nada, con Frank pisándole los talones. Yo empiezo a seguirlos, pero me doy cuenta de que Eliza se está acercando a esas letras rojas y tan caligráficas de la pared del fondo, como si quisiera leer la amenaza de muerte. Desde donde estoy yo, la pintura reseca parece casi sangre.

—Corre, Eliza —le susurro—. En esta casa, si perdemos de vista a Guinevere, nos perderemos para siempre.

La cojo de la mano y me la llevo a la siguiente estancia, donde Guinevere está esperando impaciente dando golpecitos con el pie.

—¡Ya era hora! —dice.

—¡YA ERA HORA! —repite Frank, también repiqueteando con el pie.

Cruzamos una sala de billar, un salón, una salita familiar, una sala de estar, un gran salón y un cuarto de estar. Total, yo no sé ver la diferencia entre todas esas habitaciones. Cada una es más elegante que la

anterior y tienen techos abovedados, tapices antiguos, paredes de mármol, grandes ventanales y suelos de madera.

Por fin llegamos a un comedor y el mayordomo Smythe aparece llevando una bandeja con tazas, una tetera, leche, azúcar, miel y un bol de gominolas.

Guinevere se echa medio bol de gominolas al té y las remueve históricamente con la cucharilla.

Lo repito por si no ha quedado claro: se echa gominolas al té.

—Queridos —dice Guinevere—, ¿cómo os llamáis?

—Yo me llamo Carlos —contesto— y esta es mi mejor ami..., digo, mi colega Eliza. Y el otro detective se llama Frank.

—¿Y entre los tres vais a resolver mi caso?

—La agencia ha enviado a los mejores detectives que podía ofrecer. —Dado que en estos momentos somos los únicos detectives que podía ofrecer la agencia, lo que he dicho no es técnicamente una mentira.

Guinevere bebe un poco de té.

—¡Humm, qué gominoloso! —Suspira.

Eliza se inclina hacia ella entornando los ojos. Conozco esa expresión. Significa que está concentrada.

—Empecemos por la primera amenaza: ¿cuándo la recibió?

—Hace unos dos meses —dice Guinevere—. Recibí una carta amenazadora. Sin sello ni remitente.

—Interesante —interviene Eliza.

—¿Interesante por qué? —pregunta Guinevere.

—¡Quiere decir aburrido! —grita Frank. Le doy una patada por debajo de la mesa.

Eliza ignora a Frank y sigue hablando:

—Bueno, la falta de huellas significa que el culpable llevaba guantes. Pero lo que es más importante es que es una persona inteligente. Y, si la carta no llevaba sello, es que se entregó en mano. Él, o ella, estaba aquí en la ciudad. Y, puesto que las amenazas han continuado, lo más probable es que siga en la ciudad.

—Impresionante —dice Guinevere—. Ya veo por qué la agencia te ha enviado.

Eliza sonrío con timidez. Yo también sonrío, aunque no puedo dejar de pensar en que es mucho más lista que yo, en que yo no tengo ninguna aptitud especial que aportar al caso y en lo mucho que mi madre necesita el dinero. Y de pronto se me borra la sonrisa.

Eliza busca mi aprobación con la mirada y le hago un gesto con el pulgar cuando Guinevere Le-Cavalier no mira porque se está echando más gominolas al té.

—Sí, Eliza es una de las mejores detectives de la agencia —le digo a Guinevere. Lanzo una mirada fulminante a Frank, que se está quedando dormido en la mesa.

—Entonces ¿pensáis que estoy en peligro? —pregunta Guinevere, removiendo tanto el té que ha empezado a derramársele—. Mi abogado dice que corro grave peligro.

—¿Su abogado? —pregunta Eliza.

—Sí, claro —responde Guinevere—. El letrado Joe Maddock. El mejor de la ciudad. Cobra un ojo de la cara. Bueno, más bien los dos ojos, las dos orejas y la cabeza entera. Desde que empezaron las amenazas viene mucho por la casa y le he tenido que extender muchos cheques. Pero, si es el abogado más caro de la ciudad, también será el mejor, ¿verdad?

—Eh, por supuesto —contesto.

—Tengo mucho miedo —declara Guinevere—. ¡Este asunto tan feo me ha hundido la moral! Si pudiera, ¡daría lo que me pide en la carta con tal de acabar con todo esto! ¡Pero lo que pide es imposible...!

—¿Qué pide? —preguntamos Eliza y yo a la vez.

—Quiere que le diga dónde está el tesoro de mi difunto marido.

—¡Tesoro! —Frank se despabila de golpe—. ¿Qué tesoro?

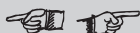
—¡Ya me gustaría a mí saberlo! —Guinevere LeCavalier junta las cejas como si estuviera haciendo un gran esfuerzo de concentración—. Lo malo —dice— es que no tengo ni idea de dónde está el tesoro ni de qué puede ser. Mi marido murió hace cinco años y me dejó un tesoro en el testamento. ¡Pero no lo encuentro! Me dejó una sola pista que se supone que me tiene que llevar a más pistas, pero no sé resolverla. Mi marido era muy excéntrico. No hago más que pensar que, si encontrara el tesoro, las amenazas terminarían. Se lo entregaría a esa persona para ver si así se va sin hacer daño a nadie.

—¿Daño? —digo tragando saliva—. ¿Cree que sería capaz de cumplir la amenaza de muerte?

Guinevere asiente y el montón de collares que lleva tintinea.

—Podría ser. La primera amenaza era bastante... espeluznante.

Para seguir preguntando sobre las amenazas, ve a la página 421.



Para pedir que os enseñe la primera pista de la búsqueda del tesoro, ve a la página 331.

